

José Luis Hoyo Arana

4. Del método y la teoría en Hegel y Marx

El conocimiento científico de la realidad social requiere necesariamente de un método adecuado que permita proceder de manera ordenada y coherente en la investigación del objeto. Desde el análisis aristotélico y el método dialéctico hasta las modernas corrientes estructurales y funcionalistas, el procedimiento empleado ha sido decisivo para los resultados de la investigación. Un método determinado permite descubrir realidades que otro deja en la penumbra y éste pone de relieve lo que aquél oculta. No es sino *a posteriori* que el procedimiento empleado puede avalar su mayor o menor utilidad, según los resultados obtenidos al final del proceso.

No menos importante y mucho más significativa es la teoría que acompaña al método. Es a partir de la teoría —considerada como el núcleo de la ciencia—, o sea de la sistematización coherente de enunciados fundados y contrastables¹ que el entendimiento humano puede trascender el dato empírico y elevarse a la comprensión de realidades ocultas a la percepción sensible.

El conocimiento puramente empírico queda pues descartado como conocimiento en sí: la realidad social es demasiado rica como para querer comprenderla a través de sus apariencias inmediatas. Éstas, ya sea que se acumulen indiscriminadamente o se cuantifiquen numéricamente, para nada contribuyen al conocimiento del objeto si no es a la luz de una concepción teórica que las ordene y sistematice en su conjunto.

Según esto, el conocimiento verdadero, real y objetivo, consistiría más bien en la elaboración abstracta de los datos concretos. Pero a este tipo de conocimiento no puede llegarse sino a través de un método que permita explicitar lo implícito, construir las categorías, reducir lo particular y elevarlo a lo universal, concretar las determinaciones, penetrar las apariencias, descubrir las interacciones, definir los conceptos, especificar los contenidos, evaluar los resultados y abordar en suma los distintos niveles de conocimiento del objeto para culminar en la comprensión total de sus relaciones, oposiciones y determinaciones. El método viene a ser así el hilo de Ariadna que guía al conocimiento dentro del laberinto empírico.

Mas el método por sí solo difícilmente llegaría a alcanzar su objetivo sin estar vinculado a una visión teórica capaz de orientar, unificar e instrumentar

¹ M. Bunge, *La investigación científica*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 20.

su esfuerzo. No es sino a la luz de la teoría que el objeto podrá ser contemplado desde una perspectiva aérea, desde donde sea posible su visión de conjunto y sobre sentido su razón de ser. Únicamente mediante el concurso de la teoría y el método es posible abordar el estudio sistemático del objeto, para poder así reconstruir su desarrollo histórico, descubrir su orden interno, la dinámica de sus contradicciones, su devenir presente y sus proyecciones hacia el futuro.

Admitimos pues, sin temor a equivocarnos, la primacía virtual del sujeto sobre el objeto. Es el *ego* epistemológico el único artesano capaz de moldear y dar sentido al objeto. Pero cuando el objeto de estudio es el sujeto mismo, el conocimiento adquiere una dimensión que únicamente puede ser comprendida en la fusión de la dualidad opuesta. El animal político es objeto de estudio del animal racional. Y este último, al reflexionar sobre sí mismo, cuestiona en sus raíces el principio mismo del conocimiento, para remitir finalmente al sujeto y al objeto a un mismo nivel de interacción recíproca.

Fue Hegel quien, en la *Fenomenología del Espíritu*, desarrolló el método dialéctico, íntimamente vinculado a una percepción teórica en la que el registro filosófico e histórico se funden en una sola visión de conjunto. En Hegel, método y teoría, filosofía e historia, se conjugan en una conexión estrecha para darnos razón del desarrollo humano. Éste no es otro, según Hegel, que el desarrollo de la razón en su proceso teleológico hacia el absoluto. Tesis, antítesis y síntesis traducen este proceso en un movimiento de oposición y reconciliación de los contrarios que nos remite al *Panta réi* de Heráclito, para recuperar así la dinámica del proceso con toda la fecundidad de la contradicción en superación continua. La dialéctica del amo y del esclavo, el desarrollo de la conciencia subjetiva, el calvario del Espíritu objetivo, son otros tantos momentos en proceso contradictorio y sintético que, bajo la perspectiva teórica de Hegel, como dice Sebaq, remiten a la inconclusión del ser.

En el sistema hegeliano, la estática del análisis viene a ser suplida por la dinámica dialéctica. La determinación causal por el impulso teleológico. El principio de distinción por el de contradicción. La parte no se explicará sino por el todo.

En la *Fenomenología del Espíritu*, como apuntamos antes, filosofía e historia se hallan íntimamente conectadas entre sí, a la vez que con el proceso lógico mismo. La fenomenología es la dialéctica y la dialéctica es la fenomenología. El Espíritu se desarrolla en la historia y la historia es el desarrollo del Espíritu. Es imposible separar un elemento del otro sin desvirtuarlos y desvirtuar el sistema mismo. Las distintas etapas del espíritu objetivo —mundo griego, mundo romano, siglo de las luces— nos dan cuenta de esta trabazón íntima del sistema hegeliano. La interpretación misma de la tragedia de Anígon, en la que la institución familiar viene a ser absorbida por el Estado, no puede comprenderse sino en su dimensión histórica. El Estado no podrá ser real si no está adecuado al momento histórico del desarrollo del espíritu. Tendrá que ser moldeado conforme a los dictados de la razón si pretende alcanzar la dimensión de la realidad. La primacía concedida por Hegel a la

razón, que subraya Marcuse,² nos traduce el sentido de la conocida frase "todo lo real es racional y todo lo racional es real". Tenemos allí el sujeto determinando una vez más a lo objeto: es el hombre racional el que tiene la misión de moldear los derroteros de la historia conforme a los imperativos y en nombre de la razón.

Karl Marx —hegeliano de izquierda en su juventud, como él mismo confiesa— retoma el método dialéctico de Hegel para aplicarlo al estudio de la sociedad desde una nueva perspectiva teórica: el desarrollo de las fuerzas productivas y su incidencia en las relaciones sociales de producción, determinantes de los niveles político e ideológico. El esquema de este nuevo punto de vista teórico lo resume Marx en el *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*:

*El resultado a que llegué, y que una vez obtenido sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.*³

Esta última frase sobre todo nos indica la divergencia teórica entre Hegel y Marx; ya no será el espíritu la fuerza determinante del desarrollo de la humanidad, sino la producción social lo que impulsará este proceso. La visión de la historia y su interpretación toman así en Marx un giro completamente distinto al de Hegel. Sin embargo, el método dialéctico hegeliano, en su esquema de contradicción y reconciliación, queda mantenido en toda su pureza dentro de la nueva perspectiva teórica marxista:

Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. . . . A grandes rasgos, podemos

² H. Marcuse, *Razón y revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 11 y ss.

³ K. Marx, *Obras escogidas*, vol. II, Moscú, Progreso, p. 343.

*designar como otras tantas épocas de progreso en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagonica del proceso social de producción; antagonica, no en el sentido del antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan al mismo tiempo las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.*⁴

Como podemos ver, el mismo Marx se encarga de presentarnos en este texto la síntesis teórico-metodológica de su obra. La sombra de Hegel acompañará a Marx desde sus primeras líneas hasta el último capítulo de *El capital*, demasiado marcada al principio, bastante atenuada después. Los paralelismos pueden observarse aquí y allá en ambos autores: desarrollo del espíritu en Hegel, desarrollo de las fuerzas productivas en Marx; figuras del espíritu en uno (mundo griego, mundo romano, siglo de las luces), modos de producción en el otro (esclavismo, feudalismo, capitalismo); dialéctica del amo y del siervo en el primero, opresores y oprimidos en el segundo, simplificándose en la oposición burguesía-proletariado; la primacía del sujeto se manifiesta en la razón transformadora del objeto en Hegel, en el sujeto práctico en Marx (*Tesis sobre Feuerbach*); finalmente, el proceso antagonico de la historia de la humanidad se resuelve en el Absoluto en el primero, en la sociedad sin clases en el segundo. Principio de contradicción, reconciliación de los contrarios, discursos teleológico y prioridad de lo abstracto sobre lo empírico, son elementos metodológicos que Marx retomará íntegramente de Hegel y que mantendrá íntactos a lo largo de su obra. Tachar de especulación mística al sistema de Hegel, es negar la aportación del idealismo alemán a la teoría revolucionaria. No fue Marx el primero que se propuso transformar el mundo: Hegel ya había propuesto moldearlo conforme a los principios de la razón.⁵ A este propósito, nos permitimos citar a Goldman para esclarecer el sentido de la undécima tesis sobre Feuerbach:

No creemos forzar el texto de Marx diciendo que a través de esta fórmula lapidaria y brillante (que devino después una de las citas más célebres y de las más conocidas), quiso decir que los filósofos se han contentado hasta aquí en el nivel consciente y explícito de sus teorías, a querer únicamente interpretar el mundo, y que nos han dado así una imagen insuficiente, y por eso mismo errónea y muy seguido conservadora o reaccionaria de la realidad humana, cuando que una filosofía válida y consciente, situándose al nivel ya alcanzado por el análisis marxista, tal como viene de ser desarro-

⁴ *Ibid.*, pp. 343-344.

⁵ Marcuse, *Razón y revolución*, "Introducción", pp. 9-30.

llado en las diez Tesis precedentes, debe tomar conciencia del carácter práctico, revolucionario y progresista o conservador y reaccionario, humanista o antihumanista, de toda filosofía, integrar esta toma de conciencia consciente y explícitamente, y escoger a partir de ahí con conocimiento de causa, una actitud teórica que corresponda realmente a una práctica que favorezca un cambio progresista y revolucionario.⁶

El calificativo de "idealismo objetivo" que se ha dado a la obra de Hegel, no cobra sentido sino por la base metodológica que prestó al marxismo, mientras que la aportación teórica de ambos sistemas no podrá ser evaluada *a priori*, sino hasta el final de la historia.

Pero volvamos a la obra de Marx para explorar más de cerca el discurso de su pensamiento y la capacidad explicativa de su sistema derivado del sistema hegeliano. En los Grundrisse encontramos la *Introducción a la crítica de la economía política*, de la cual ya hemos comentado el prólogo. El triángulo dialéctico de esta obra está constituido por el proceso de producción, distribución y consumo, al que se añade la especificación formal del cambio. El punto de partida está dado, como apunta el mismo Marx al principio de la introducción, por los hombres que producen en sociedad. Esta producción socialmente determinada es ciertamente una abstracción, pero una abstracción basada en las condiciones reales, concretas del acontecer humano, al igual que los conceptos de distribución y consumo. Mientras que la producción es apropiación de la naturaleza por el individuo social, en la distribución la repartición del producto queda alterada por el régimen de propiedad; el cambio formal es la repartición de esta distribución a sus distintos niveles, y finalmente, el proceso concluye en el consumo individual, para reiniciarse de nuevo en la producción. Las relaciones y determinaciones entre los tres momentos —producción, distribución y consumo— se realizan dentro de un proceso dialéctico en el que los componentes se relacionan y determinan entre sí dentro de un sistema total. Pero dejemos hablar al mismo Marx:

La primera idea que se presenta de inmediato es la siguiente: en la producción los miembros de la sociedad hacen que los productos de la naturaleza resulten apropiados a las necesidades humanas (los elaboran, los conforman); la distribución determina la proporción en que el individuo participa de estos productos; el cambio le aporta los productos particulares por los que él desea cambiar la cuota que le ha correspondido a través de la distribución; finalmente, en el consumo los productos se convierten en objetos de disfrute, de apropiación individual... La producción aparece así como el punto de partida, el consumo como el punto terminal, la distribución y el cambio como el término medio, término que a su vez es doble, ya que la distribución está determinada como momento que parte de la

⁶ L. Goldman, *L'Homme et la Société*, núm. 7, París, 1968.

*sociedad, y el cambio, como momento que parte de los individuos. En la producción, la persona se objetiviza, en el consumo la cosa se subjetiviza. En la distribución, la sociedad asume la mediación entre la producción y el consumo por medio de determinaciones generales y rectoras; en el cambio, la mediación se opera a través del fortuito carácter determinado del individuo.*⁷

Al analizar y relacionar estos elementos, Marx llega a las siguientes conclusiones, en las que puede observarse claramente la interacción dialéctica de los distintos componentes bajo la dimensión de la totalidad:

*El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad. La producción trasciende tanto más allá de sí misma en la determinación opuesta de la producción, como más allá de los otros momentos. A partir de ella, el proceso recomienza siempre nuevamente. Se comprende que el cambio y el consumo no puedan ser lo trascendente. Y lo mismo puede decirse de la distribución en tanto que distribución de los productos. Pero como distribución de los agentes de producción, constituye un momento de la producción. Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados y relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes momentos. A decir verdad, también la producción, bajo su forma unilateral, está a su vez determinada por los otros momentos. Por ejemplo, cuando el mercado, o sea la esfera del cambio, se extiende, la producción amplía su ámbito y se subdivide más en profundidad. Al darse transformaciones de la distribución se dan cambios en la producción del caso, por ejemplo, de la concentración del capital o de una distinta distribución de la población en la ciudad y en el campo, etcétera. Finalmente, las necesidades del consumo determinan la producción. Entre los diferentes momentos tiene lugar una acción recíproca. Esto ocurre siempre en los conjuntos orgánicos.*⁸

Conviene observar la importancia que Marx atribuye en estos textos al consumo, elemento que en otros pasajes queda relegado a segundo plano. Los marxistas y marxólogos —en cuyas discusiones escolásticas preferimos no inmiscuirnos— también han prestado escasa atención a este componente, quedándose por lo general en el análisis de la producción y distribución de mercancías. Es Herbert Marcuse quien ha tenido el mérito de incursionar en las determinaciones y efectos de tal elemento al analizar la sociedad de consumo. En *El hombre unidimensional*, Marcuse nos expone de qué manera el consu-

⁷ Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Argentina, Pasado y Presente, 1974, p. 45.

⁸ *Ibid.*, pp. 56-57.

mo, en las sociedades industriales avanzadas de occidente, ha llegado a determinar la producción, a neutralizar la lucha de clases, a integrar al individuo a un sistema totalitario y a caracterizar ideologías en las que la capacidad de consumo es la medida del individuo. El consumo, último elemento del ciclo de reproducción del capital, viene así a determinar la producción y a trasladar el punto de gravitación de la sociedad capitalista avanzada fuera de su contexto tradicional.

La dialéctica hegeliana no sólo precedió e inspiró la obra de Marx. Retomada en toda su pureza y aplicada al análisis de la sociedad moderna por autores como los de la Escuela Crítico-Negativa de Francfort —Adorno, Horkheimer, Habermas, Marcuse— ha descubierto nuevos elementos, no por sutiles menos significativos, de los mecanismos de manipulación, de control social y de represión de la sociedad postindustrial.

La Escuela de Francfort, cuya vena hegeliana es innegable, ha significado un nuevo avance en la producción científica revolucionaria. Al aplicar de nuevo el método dialéctico hegeliano en todo su rigor a la sociedad capitalista avanzada, ha hallado elementos determinantes que explican la supervivencia de esta sociedad —hace tiempo condenada por Marx a desaparecer—, a pesar de sus extremas contradicciones internas. La evolución de la sociedad adquiere nuevas dimensiones a la luz de esta escuela. El cambio social dentro de determinadas formaciones sociales es trascendido por el proceso continuo de liberación de la humanidad en su conjunto, tarea emprendida por el hombre desde los albores de la historia y cuyo proceso, si retomamos la interpretación teórica de Hegel, habrá de resolverse en el absoluto; en la sociedad sin clases, en Marx, y en la resolución de todas las contradicciones, si nos atenemos al método en sí mismo.

Dejemos a un lado la construcción misma de los conceptos y categorías —Karel Kosik agota el problema en su *Dialéctica de lo concreto*— para considerar la médula del método hegeliano, o sea la categoría de la *totalidad*.

Al estudiar la *Fenomenología del espíritu* lo primero que salta a la vista es el predominio del todo sobre las partes. Lo particular no se explica sino por lo universal. La unidad no se concibe sino por la diversidad. La parte no se explica sino por el todo. El universo hegeliano abarca la totalidad de relaciones y determinaciones para explicar el fenómeno concreto. Marx dirá más tarde que “lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinacional”.⁹ Pero aquí vemos también que este concreto no puede ser explicado sino en función de la *totalidad*.

“La categoría de totalidad” —nos dice Lukacs— “es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y transformó de manera original para hacer de él el fundamento de una nueva ciencia”.¹⁰ Esta categoría de totalidad, definida

⁹ K. Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Argentina, Pasado y Presente, 1974.

¹⁰ G. Luckacs, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, p. 29.

como “el dominio omnilateral y determinante del todo sobre las partes”,¹¹ es lo que para Lukacs diferencia al marxismo de lo que él llama la ciencia burguesa, y no tanto el predominio de los motivos económicos sobre otros fenómenos del acontecer histórico, lo cual pertenecería más bien, como antes apuntamos, al aspecto teórico del marxismo. Es irrelevante y para nada puede justificarse *a priori*, por el objeto mismo, la aplicación del método a tal o cual acontecer histórico, ya sea social, político, religioso o económico, como nos dice Sebag en *Marxismo y estructuralismo*.¹² “Este concepto de totalidad —afirma el autor— es capital y nos parece que conduce al punto a partir del cual el marxismo, en su conjunto, se hace inteligible.”¹³

Al plantear la categoría de totalidad, el hombre queda relacionado con el todo social. No será sino en función de este todo que se explique su comportamiento particular. Queda así, en principio, descartado el voluntarismo individual y formuladas virtualmente las determinaciones esenciales a través de las cuales podrá explicarse el proceso social. Esta categoría interpretativa viene así a constituirse en un prisma de inapreciable valor, a través del cual pueden contemplarse los distintos componentes del sistema en sus correlaciones e interrelaciones, sin perder su unidad en la diversidad. La categoría de totalidad, citamos una vez más a Sebag, “no es más que el último sistema que integra en él a todos los subsistemas y que no puede ser pensado hasta el final”.¹⁴

Así pues, por lo expuesto a lo largo del trabajo, consideramos que el instrumental metodológico de Hegel fue retomado en toda su integridad por Marx. El método dialéctico ofrece posibilidades inagotables en la investigación histórico-social, independientemente del objeto específico al que se aplique. Al aplicar este método preponderantemente al fenómeno económico-social, Marx llegó a distintos resultados que Hegel, quien lo aplicó al desarrollo del Espíritu. Pero esta sería una diferencia teórica entre ambos autores, y de ninguna manera metodológica. Aparte de los principios de contradicción y reconciliación de los contrarios y del proceso teleológico, el núcleo esencial del método dialéctico reside en la categoría de totalidad, categoría a partir de la cual todo el sistema se hace comprensible y que fue la aportación original de Hegel a la producción científica revolucionaria, cuyas raíces se alimentan en el método por él ideado.

¹¹ *Ibid.*

¹² L. Sebag, *Marxismo y estructuralismo*, España, siglo XXI, 1969, pp. 53-54.

¹³ *Ibid.*, p. 53.

¹⁴ *Ibid.*